

"El Señor forastero de Mailín"

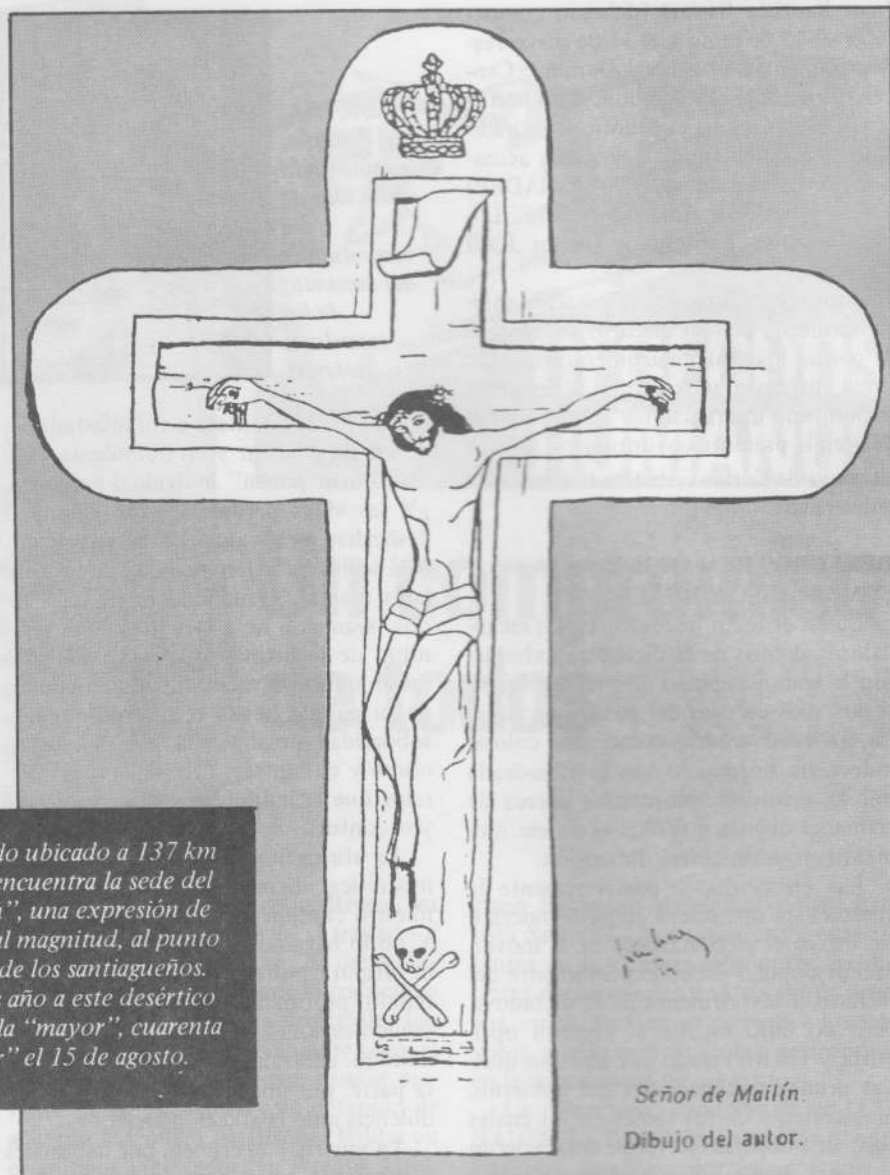
La Villa de Mailín es un pequeño poblado ubicado a 137 km al sur de la capital santiagueña. Allí se encuentra la sede del santuario al "Señor Forastero de Mailín", una expresión de religiosidad popular, que ha adquirido tal magnitud, al punto de convertirse en la devoción principal de los santiagueños. Miles de peregrinos se trasladan año tras año a este desértico lugar, en las dos fiestas que se celebran, la "mayor", cuarenta días después de la Pascua, y la "menor" el 15 de agosto.

"Ya en Mailín, la gente da la impresión de ser un gran mar que se columpia pesadamente, quebrándose en serpenteos de un vaivén continuo. La calle céntrica, es un canal monstruoso que conduce una avalancha humana. En su mayoría es gente del pueblo; hombres, mujeres y niños".

Diario El Liberal, mayo de 1898.

El descubrimiento

Cuenta una leyenda popular que andaba un indio una tarde buscando miel y se puso a cavar en el tronco de un árbol. En esta tarea se le hizo la oración. Y a medida que avanzaba el crepúsculo sobre el día y el indio cavaba sobre el grueso tronco, comenzó a salir del árbol un intenso resplandor. Aún sobrecogido, no pudo dejar la tarea: y cuando casi llegaba al núcleo del gran algarrobo, encontró brillando en medio de la cavidad que había hecho, un crucifijo de madera. Esta era la fuente de luz.



Señor de Mailín.

Dibujo del autor.

Si bien esta versión fue calificada de "dudosa", según el pueblo así habría sido el origen más remoto de la cruz del "Señor Forastero", a quien adoraban los indios vilelas, antes de que se apropiaran de él los blancos por invasión. Luego de la expulsión de los aborígenes de la zona, se produjo el hallazgo, aceptado y documentado históricamente.

Según la historia legalizada por el Pbro. Laureano Verez, un hacendado de la zona, Juan Serrano, observó "que en noches sucesivas aparecía una luz muy viva al pie de un árbol, ubicado muy cerca de donde actualmente se levanta el santuario. Llevado de la curiosidad acompañado de otros vecinos, fue al lugar del extraño suceso y se encontró con que aquella luz, alumbraba un Santo Cristo. Quedando la vivienda de Serrano a alguna distancia del árbol, pretendió con sus compañeros trasladar el Simula-

cro del Señor a dicha casa, lo que no verificaron, porque no les fue dado poder mover la Cruz del sitio señalado". Serrano y sus amigos resolvieron entonces construir una piecita al lado del árbol, y fue allí donde se adoró al Señor durante muchos años. Esto sucedió, según los datos existentes, alrededor de 1780.

"La imagen parece haber pertenecido a los vilelas, que lo veneraban como a su 'Patrón'", dice el padre Alfonso de la Vega. Y continúa: "No es de extrañar esta circunstancia, pues los misioneros, tanto franciscanos, jesuitas, mercedarios, etc., tenían la costumbre de adoptar dicho Patrón, en cada una de las reducciones, como se puede constatar con la Inmaculada Concepción, devoción de los franciscanos; la Virgen de Loreto, de los jesuitas; el Rosario de los dominicos. Datos precisos de todo lo que relatamos,

han desaparecido, cuando la destrucción de los archivos, por las incursiones de los indios, especialmente los vilelas, que 'despojados de su Patrón', huyeron a los desiertos, 'no sin antes jurar venganza y juramentar a sus hijos de recuperar en alguna ocasión el *Bien Perdido*, de poder de los españoles".

En esta zona antes dominada por los aborígenes, los jesuitas establecieron en el siglo XVIII la reducción de "San José de Vilelas". Viene su nombre de la tribu de los vilelas, quienes según los jesuitas eran indios de ascendencia ándida, relativamente mansos, que cultivaban la tierra y criaban ovejas vistiéndose de sus lanas. En esta reducción los sacerdotes butizaban y enseñaban el catecismo. Se construyeron tomas del río, que servían para regar las sementeras de maíz y trigo, cultivadas por los aborígenes. Los campos se habían poblado de un rico ganado. Los sábados, se celebraban las misas cantadas, y por las noches las letanías. Esto duró hasta la expulsión de los jesuitas y el consiguiente desbaratamiento de sus reducciones. Luego de esto la Villa vuelve a ser zona disputada entre los colonizadores y los indios y después un asentamiento menor, a tres leguas de la importante Matará, ciudad que luego daría a Santiago hombres como Ibarra o los Taboada.

El hallazgo del crucifijo milagroso produciría un vuelco en la historia del pueblo. La rápida popularidad del "Señor Forastero", que llevaba al ranchito edificado por Serrano y al árbol a grupos cada vez más numerosos, llamó pronto la atención de la iglesia, primero a través del párroco de Matará, y luego por interés del mismo obispo de Tucumán.

La Fiesta

En la semana del Señor de Mailín, el pueblo hierve. Se instalan tiendas precarias, mercaderes ambulantes que venden de todo y se instalan en cualquier lugar parecen brotar como por ensalmo, y no hay espacio en las calles de tierra para albergar tanta gente.

Pero en los demás días del año, Mailín es un pueblo desierto. Las pocas casas de material, viejas, carcomidas por el salitre, y los ranchitos de ramas y adobe desperdigados de tanto en tanto a los costados de las calles polvorrientas, dan la impresión de algo irreal o absurdo al templo y al nuevo anfiteatro con murales. "Colores mustios y tristes... descarnado, seco, con escasas hierbas que reptan apenas y entre las cuales yérguense las pun-

tas cubiertas de espinas de los cactus rastroños, o del erizo verde de las retamas..." así habla Di Lullo al describir a este pueblo. Sus habitantes, hoscos, huidizos, se han hecho astutos regateadores que tratan de aprovechar al máximo las dos fiestas, para subsistir el resto del año de lo que consiguen en ellas. El estar en Mailín he sentido la fuerte impresión de que la aldea se compusiera por anillos yuxtapuestos. Zonas adonde palpita la energía del Bien y zonas en las que al pisar la tierra uno siente como un vaho de perversidad concentrada.

Como un agonizante que espera yerto cada año su cambio de piel, el pueblo revive y se pinta de galas increíbles para la Ascensión del Señor, cuarenta días después de la Pascua. Una transformación extraordinaria se produce en el aspecto del lugar que de pronto, es *otra ciudad*: las calles son ríos de gente, en su mayoría provincianos de tez oscura, "cabecitas negras" con ropas pintorescas pues lo son en ellos los vaqueros *Lee*, las *Fruit of the loom* y los radiograbadores. Allí acampan, rezan, compran relicarios, comercian y hacen el amor entre los yuyales durante una semana aproximadamente, unas quince mil personas cada año. Allí se mezclan la intensa espiritualidad colectiva con el tráfico comercial, el éxtasis religioso con la borrachera y el baile, la camaradería con la violencia más alucinante, el amor sagrado con el ejercicio de la prostitución. Allí, los anillos se superponen y establecen su mayor combate, durante una semana.

Desde Buenos Aires y todas las provincias del Norte vienen peregrinos a pie, en bicicletas, en caballos... Llegan al santuario cansados y deshechos, a veces con los pies sangrantes, pero satisfechos. No podemos dejar de citar a Di Lullo, que describió esta manifestación hace ya muchos años atrás; ella conserva viva su frescura en el texto:

"El pueblo bulle y hormiguea, ávido de fiestas... Adentro, bajo las altas naves, esta multitud tose, cuchichea, se arrastra, reza, musita, ronronea. Percibe el olor acre de cirios encendidos, de cuerpos malolientes, de multitud hacinada, mezclado todo al olor que despiden el incienso en gruesas y azulosas volutas de humo y se difunde en el ámbito. Por los ventanales, entra una luz gloriosa..."

Después del acto central: la procesión. Miles de manos se elevan clamando la gracia de cargar la Cruz Milagrosa por unos metros. A su paso se oyen aplausos,

estallidos de bombas, cohetes y fuegos de artificio... Los fieles desgajan los árboles, que adquieren propiedades curativas pues han sido bendecidos por la fugaz presencia del Señor... Hombres y mujeres con velas encendidas, ofrendas y devotos siguen al crucifijo en interminable columna, de rodillas, arrastrándose, en sillas de ruedas, con muletas, elevando rezos al cielo y llorando en medio del polvo que 'llega a los tobillos'... Entre los vítores y las letanías se escuchan apenas las voces de los sacerdotes, que guían la procesión con megáfonos desde camionetas. Al llegar la urna donde se depositará al Señor, ya al fin de la procesión, el celebrante predica "la despedida". Luego de esta arenga, que culmina con vivas al Papa, a la Iglesia, a la Virgen y al Señor de Mailín, termina la fiesta. Lentamente, hombres y mujeres van retornando a su hogar. Por la noche, se atestan los últimos bailes. Dos días después, Mailín es de nuevo un pueblo muerto.

Conclusión

Creemos que Mailín es uno de los fenómenos populares que más hondamente expresa la cultura de nuestro pueblo. La profunda religiosidad, el sentido mágico de los ritos, la encarnación cíclica de la resurrección y el descenso, la eclisión y vigencia plena de las costumbres típicas, que se manifiestan entre otras cosas en el entrecruzamiento del lenguaje quichua y castellano, constituyen una nítida representación de los elementos que componen una parte muy importante de la personalidad latinoamericana. Allí, están presentes.

Lamentablemente, los gérmenes de la *sociedad de consumo* y la aculturación han empezado a transformar, aun levemente pero con seguridad, ese venero que hasta no hace mucho se conservaba intacto. Y todavía los investigadores de nuestra Nación no han reparado seriamente en su existencia.

Los sociólogos, los filósofos, los teólogos, los lingüistas y los escritores tenemos aquí una excelente guía para encontrar los rasgos de nuestra identidad nacional. Aún estamos a tiempo de hacerlo.

No esperamos a que esto se convierta, como ya pide mucha gente "de buena voluntad", en "la Lourdes de Santiago".

Julio Carreras (h)
Santiago del Estero (Argentina)